

Si no fueras tan niña

Memorias de la violencia

Sol Fantin



PAIDÓS

SI NO FUERAS TAN NIÑA

MEMORIAS DE LA VIOLENCIA

SOL FANTIN

 PAIDÓS

I

Me llamo Sol y tengo treinta y siete años. Finalmente, estoy en condiciones de romper el silencio que se me impuso y contar esta historia, la historia de lo que viví, reinscribiendo en el flujo del mundo el tesoro de mi memoria, dolorosa memoria, para que alumbré lo que haga falta alumbrar y repare los tejidos que haga falta reparar. No solo los míos. Ya aprendimos que lo íntimo es también colectivo, que lo personal es político. Lo aprendimos saliendo del laberinto del único modo posible, que no es por arriba porque no podemos volar, sino al revés: cavando hacia adentro, tramando una red de túneles, descubriendo una raíz subterránea y común.

Ayer, 4 de octubre de 2019, se cumplieron veintidós años desde la noche en que Marcos me acompañó a la parada del colectivo en la esquina de la sede central de la Fundación, en el centro porteño, y –para mi sorpresa– se subió al colectivo conmigo. Era sábado y yo volvía a mi casa, que quedaba lejos, en Villa Luro, después de la clase de Teatro Sagrado. Calculo que serían cerca de las ocho.

Marcos se había aparecido a la salida de la clase, dictada por Lucio, su mejor amigo.

Me acuerdo de la catramina que eran los colectivos en esos años, chiquititos, destartalados, con asientos de cuerina marrón, con las máquinas de boletos recién estrenadas. Yo tenía en mi habitación una lata de Mickey llena de boletos de colores, que hacía muy poco habían dejado de circular y que al final usé para forrar una carpeta del colegio.

Nos sentamos en los últimos asientos, los de la rueda. Marcos arrancó de su cuaderno el poema que había escrito para mí y me lo dio. Según me dijo, lo había escrito en el barco que lo trajo de vuelta desde Uruguay, a donde había tenido que ir esa semana, enviado nada menos que por la fundadora. Para ese momento, ya me había acostumbrado yo también a llamarla *la Madre*. Marcos había ido a enseñar meditación y espiritualidad en la sede uruguaya. A transmitir la llama del Ideal. Una tarea que solo a un maestro espiritual podía encomendársele.

Sol amada, mi anhelo, mi codicia dice el verso final del poema que me dio ese día, que juega con el significado de mi nombre y rima machaconamente con *un aguado celeste de delicia*, por el color de mis ojos. Hace poco, cuando encontré esa hoja de cuaderno entre mis papeles viejos, comprobé que me acordaba el soneto palabra por palabra. Que no me lo había olvidado en más de veinte años.¹

1. Creo que fue a partir de esa noche en que Marcos se trepó a mi colectivo, que yo empecé a registrar las fechas, como si en algún rincón de mí entendiera que algo de lo que pasaba estaba mal, que necesitaba ayuda, que la iba a necesitar más adelante. Tuve que creer que el tremendo impacto que las acciones de Marcos tenían sobre mí eran algo maravilloso, tan maravilloso que nadie podía entenderlo y, por lo tanto, no había que con-

La parada en la que bajamos, sobre Rivadavia, quedaba justo delante de una florería que tenía en la vidriera un cuadro de Santa Teresita del Niño Jesús, la santa del Amor. Yo había leído hacía poco la vida de esta santa, una adolescente francesa que, a fines del siglo XIX, había padecido unos maltratos horribles en el monasterio de las carmelitas descalzas, soportándolo todo con humildad y obediencia por amor a su Esposo invisible. Marcos se detuvo enfrente de la vidriera y se emocionó porque bajar del colectivo justo delante del cuadro significaba que la patrona del Amor nos estaba bendiciendo.

Yo no tenía la menor idea de lo que pretendía hacer Marcos, si iba a acompañarme hasta la puerta de mi casa o no, ni se me pasaba por la cabeza preguntárselo. Mucho menos se me pasaba por la cabeza que yo pudiese decidir algo de lo que fuera a pasar. A mis quince años, yo no había tenido ni noviecito en la escuela primaria, y el respeto que sentía por este hombre de treinta y pico, a más de un año de conocernos, era abrumador.

Estaba *shockeada* en particular por lo que Marcos había hecho en la parada del colectivo: informarme que, si yo tuviera dieciocho años, me besaría. ¿Besarme? ¿De verdad? ¿Como en las películas? ¿A mí? Me estremecí. Sentí un vacío cerebral, de pie hecha una cosa que podría ser besada, a condición de tener algo que le faltaba: años. Fue la primera vez que sentí esa falta, como una culpa y como una fatalidad, un agujero en mí, como la boca abierta de

társelo a nadie. Desde entonces escribí sobre eso diariamente, en decenas de cuadernos sucesivos. Escribir fue el desvío que me permitió sobrevivir, incluso cuando casi todo lo que escribí estuviera codificado en el lenguaje laberíntico y cacofónico de la mística.

un cocodrilo. Siempre iba a faltarme eso, mientras permaneciera en contacto con él, que no eran años y nada más. Era ser mujer.

Esa cosa a la altura del estómago, esa desesperación de llenar la falta, no era deseo. Si hubiera sido deseo, podría haberlo besado yo a él, por ejemplo. Imaginarlo, al menos. Yo llevaba puesta una remera de Disney y un pantalón de algodón que usaba para hacer gimnasia en el colegio y, aunque era casi tan alta como él, no hubiera sabido cómo encender el cigarrillo que Marcos se fumaba delante de mí, achinando los ojos como un actor de cine. Si yo hubiera estado en condiciones de darle un beso, también habría estado en condiciones de rechazarlo. Pero no. Yo no podía nada y a él le daba un placer inmenso contemplar eso: yo sin poder nada más que ser ese hueco, con el pensamiento confuso, la emoción revuelta y el cuerpo en vilo.²

Eso acababa de pasar en la parada del colectivo, antes del viaje en el que me dio el poema y me habló sin parar, pausadamente, más bien monologando con su tono melancólico y su voz melosa. Al bajar, el episodio con el cuadro de Santa Teresita, sobre el sedimento de la horrosa antieducación sentimental con que se alecciona a las niñas (y en mi caso, también espiritual), alimentaba la confusión de que algo de todo eso que yo estaba experi-

2. No se me ocurrió preguntarle por qué había que esperar a que yo cumpliera dieciocho. De ninguna manera alcancé a pensar que besarme, teniendo yo menos de dieciocho años, era algo que podía traerle consecuencias legales a él. Lo que apareció en mi pensamiento, confusamente, fue lo contrario: tuve miedo de que, si él me besaba, me retaran a mí. Yo era una adolescente rigurosa con las reglas. Ahora pienso: qué importante cultivar el hábito de preguntar lo que no se entiende, incluso lo que parece obvio.

mentando fuera Amor, con mayúsculas, como obsesivamente lo estampaba la fundadora, la Madre, en cuanto libro, artículo o folleto ponía a circular.

En la media cuadra que caminamos al bajar del colectivo, antes de que yo doblara por Lope de Vega rumbo a mi casa y él cruzara Rivadavia para volverse a tomar el mismo colectivo de regreso a no sé dónde, me abracé a mí misma porque había refrescado de golpe, como es normal al principio de la primavera, y yo no tenía ni un buzo. Él sí estaba abrigado, tenía puesto un saco de vestir gastado. Deseé que Marcos hiciera algo para protegerme del frío, que me prestara su saco. Al fin y al cabo, él era el adulto. No lo hizo y yo tuve ganas de llorar.³

3. Durante años pensé que esa noche Marcos no me había protegido del frío por su falta de empatía, e interpreté esa falta como un signo de lo que vendría después: un vínculo extraño y tortuoso que me dejó a mí, seis años más tarde, en un estado de aislamiento y debilidad del que sobreviví por un pelo. Hasta hace algunos meses, cargué sola con la responsabilidad por lo que había padecido todos esos años, como si Marcos y yo hubiésemos estado en igualdad de condiciones, cuando no lo estábamos en absoluto. Viví más de veinte años sin entender que, si Marcos no me prestó su abrigo aquella noche ni me abrazó tampoco, fue por una razón de otro calibre: porque tenía más de treinta años frente a mis quince, tenía autoridad espiritual sobre mí, no tenía ningún motivo lícito para haber hecho ese viaje en colectivo conmigo y necesitaba asegurarse la clandestinidad para lo que se proponía hacer: cometer un delito grave. Un delito imposible de consumir sin una compleja manipulación de la menor y de su entorno. Un error de cálculo podía llevarlo a la cárcel y, aunque todavía me cueste creerlo algunas veces, sobran los indicios para suponer que él lo tenía más claro que nadie. Yo era su presa. Considerar esto me llevó décadas.

II

Lo siguiente fue otra aparición después de la clase de Teatro Sagrado, un par de semanas después.

Marcos vivía en una quinta campo adentro, en el conurbano. Era un centro de retiros espirituales de la Fundación, que se llamaba Centro Pedagógico “San Federico” y que todos llamábamos *Federico*. La quinta, que en aquel momento era de una hectárea, estaba dividida en tres zonas. La principal era un jardín con templetes, estanques con peces de colores y templos grandes: dos hindúes, uno griego, una capilla, una pagoda y un *Templo Mayor* dedicado al *Dios Uno*. Esta zona, que llamábamos *los templos*, era estéticamente muy impactante y estaba delimitada por un muro.

En la segunda zona había pabellones de habitaciones, baños, galpón de trabajo (se fabricaban sahumeros), cocina, cucas de perros y lavaderos al aire libre, todo más bien pobretón y descuidado. En esta parte del predio, las reglas de conducta eran mucho más relajadas que en los templos, donde cada movimiento tenía un protocolo. El contraste entre estas dos zonas era muy marcado, no solo

por su apariencia sino también por lo que estaba permitido y prohibido en cada lugar. Sin embargo, las puertas que los comunicaban se cruzaban con frecuencia: para ir al baño, comer, dormir, o charlar y tomar mate. Así, pasar un día en Federico era comportarse de dos maneras distintas todo el tiempo.¹

La tercera zona era la más reducida: consistía en un chalet reservado para la fundadora, Madre y Maestra espiritual, y para los discípulos encargados de su servicio personal. Era un espacio prohibido para los visitantes y envuelto en el misterio. La señora usaba también un departamento en un barrio elegante de la capital, que estaba a nombre de la Fundación, razón por la cual ella aseguraba que vivía en la pobreza, ya que en rigor no tenía nada para sí misma. Ella podía entrar a la quinta por un portón exclusivo, con su auto último modelo, también a nombre de la Fundación, que conducía su secretario personal, cosa que hacía de improviso, a cualquier hora del día o de la noche. Por eso, siempre quedaba la duda de si la Madre estaba o no en el predio.² No sé si fue en 1998 o en 1999, a

1. La disposición del Centro Pedagógico, que llamábamos Federico, era una escenificación gigante de la disociación que se provocaba entre quienes frecuentábamos el lugar. Un fabuloso campo de entrenamiento para sostener luego una disociación semejante en la vida de cada quien. Un dispositivo arquitectónico alienador, monstruosamente eficaz.

2. Rápidamente familiarizada con el funcionamiento de todo Federico, y lógicamente fascinada con ello, yo estaba a años luz de pensar que estaba en juego la condición básica del panóptico, un tipo de arquitectura carcelaria ideada hacia el siglo XVIII, cuyo objetivo es permitir a su guardián (guarnecido en una torre central) observar a todos los prisioneros (recluidos en celdas individuales alrededor de la torre), sin que ellos puedan saber cuándo son observados y cuándo no. En *Vigilar y castigar* (1975),

medida que los contingentes de retiros crecían, que la fundadora se hizo amurallar un sector de parque para su uso personal en el fondo del chalecito, donde también mandó hacer jardines y templetes, que llamó la *Gurukula*, el lugar donde está el Gurú.

En el año 1997 había unos pocos residentes permanentes en Federico, cinco o seis. Entre ellos, estaba Marcos, que compartía una habitación con su hijito de siete años. La mamá vivía en una casa prefabricada en un barrio pobre de los alrededores. El nene pasaba una semana con ella y una con Marcos. En 1997 los residentes eran todos varones, salvo la discípula que se ocupaba del chalet de la Madre y una niña también de unos siete u ocho años, hija de la Directora Internacional de la Fundación; esta directora algunas veces se quedaba a dormir en Federico y otras en la sede central, dejando a su hija al cuidado del padre, que iba y venía con una camioneta vendiendo los sahumeros que se producían, y a veces también dejándola sola.

Los residentes estaban envueltos en un halo místico. Vestían rotos y se mostraban hoscos y solícitos con los visitantes, que solo podían ir a Federico en contingentes autorizados desde las filiales o *escuelas*, como se les decía internamente, solo los sábados y domingos. Durante la semana, se suponía que estos personajes, *discípulos directos* de la Madre, se consagraban a la meditación y al trabajo.

Michel Foucault explicó que este dispositivo crea un sentimiento de omnisciencia sobre los detenidos, es decir, de permanente visibilidad: la misma omnisciencia del Dios Uno que era venerada en cada templo de Federico. Dios estaba en cada imagen sagrada, pero también en el corazón de todas las cosas y, muy especialmente, en el corazón inegoísta, compasivo y rebosante de sabiduría del Maestro Espiritual.

Se decía que eran monjes, que vivían en la austeridad y la entrega a Dios. Que no manejaban dinero, salvo por un viático que se les daba para que visitaran a sus familias los días que tenían permiso para salir. Todo esto se decía, porque no existía todavía ningún reglamento escrito. Era habitual verlos de lejos rodear a la Madre, a quien ellos llamaban *la Vieja* y saludaban prosternándose en el suelo y hasta besándole los pies.

Durante los retiros de fin de semana, con miembros llegados desde la capital, los residentes solían dirigir meditaciones o cantos devocionales y dar algunas *clases*, que eran exposiciones sobre santos o libros espirituales, en las galerías de los templos, para un puñado de personas que formaban una ronda y recibían embelesadas casi cualquier cosa que se les dijera, siempre que incluyera la palabra *amor* y algún término exótico. En estas clases se desplegaban discursos reconfortantes, orientados a alivianar el peso de la responsabilidad sobre la propia vida, que podía descansar por fin sobre las anchísimas espaldas de Dios. La constrictiva moral que traficaban, lo mismo que la perspectiva conservadora, no eran evidentes para ese público que sentía desbordársele el corazón de un amor trascendental.

De todos los residentes, Marcos era el que más fama de monje tenía. A mí me había quedado claro que venir a la capital era, para él, un sacrificio que cumplía para visitar a su mamá, una señora de aspecto frágil que atendía la librería de la sede central, a cambio de una remuneración que complementaba su jubilación mínima. Por eso, cuando Marcos volvió a aparecerse a la salida de mi clase de Teatro Sagrado, el sábado por la tarde, y me propuso ir a caminar en lugar de volver a mi casa –los días se estaban alargando, todavía quedaba un rato de luz– no pude sino interpretarlo según el libreto: como un honor que él me

hacía, a mí, una quinceañera que se estaba iniciando en el camino espiritual y apenas si sabía dónde tomar el colectivo y dónde bajarse para estar de vuelta en su casa a la hora de la cena.